

Jóvenes españoles

El autor reflexiona sobre los datos de una encuesta juvenil que denota una crisis de valores a la que ni padres ni profesores son capaces de hacer frente

Víctor M. Arbeloa



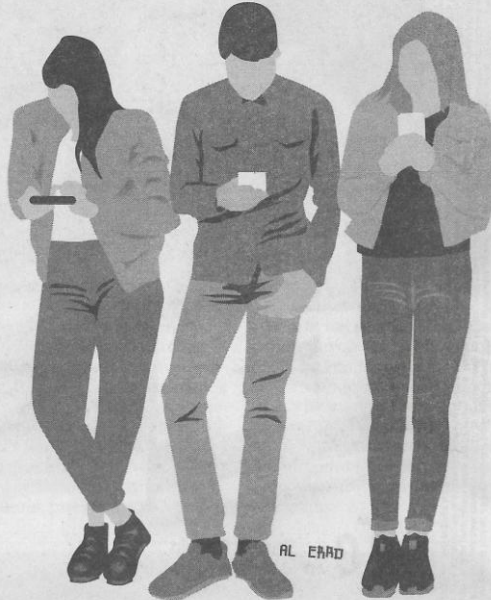
DURANTE años, como sabe bien el lector, he dado la tabarra queriendo saber de fuente segura qué aprendían los niños y los adolescentes navarros en todos los grados y modelos de la educación escolar - y no sólo en las ikastolas, como insisten, belicosos, ciertos obsesos!-: acerca de derechos y deberes humanos, cooperación al desarrollo, Naciones Unidas, Unión Europea, Constitución Española, Amejoramiento navarro... Ningún partido político se interesó por ello, ningún gobierno, sindicato, universidad, fundación, asociación cultural, asociación de padres... Hoy es el día en que sigo sin saberlo, y por eso no escribo en torno a todo eso, mientras leo a otros, tan ignorantes como yo, quejarse y enfurecerse sobre las escuelas... en Cataluña, y, además, imaginar, denunciar y hasta condenar, ¡siempre de caldo de cabeza!

Veo ahora, en cambio, que la Congregación pontificia para la Educación Católica, como preparación al próximo Sínodo sobre los jóvenes, tiene en ciernes una gran encuesta sobre los valores y objetivos más importantes de jóvenes de todo el mundo entre 16 y 29 años.

Pero hoy quiero comentar otra encuesta ejemplar, noveno estudio sociológico que la Fundación SM acaba de presentar a finales de 2017, y que viene llevando a cabo desde 1984 entre jóvenes de 15 a 24 años en toda España.

Des-politizados y des-socializados ya desde finales del siglo anterior. Han influido en ello también factores como el paro, la incertidumbre, la corrupción, la mala política... Aunque más interesados que hace diez años, sólo el 12% de ellos ve la política como "algo muy importante", y el 29% como algo "bastante importante". Un total de 22% se sitúan en la extrema izquierda y en la extrema derecha: ésta última valora menos la política.

Apegados a la familia. Seguramente, en tiempos de crisis las relaciones familiares se han adaptado mejor a las circunstancias. Después de la salud (83'4%),



la familia es el valor más apreciado por los jóvenes (80'3%). Por encima de "amigos y conocidos" (61'7%). Desde 1984 la familia -no el matrimonio- ronda esa alta marca en la valoración de los jóvenes, con muy pocas variaciones, siendo esta última vez la más elevada. Lo que los hace en este momento menos angustiados que en ocasiones anteriores por el trabajo, el dinero, los estudios y la competencia profesional (entre el 42'5 y el 57%).

Inmersos en una crisis de valores. Valores que ni los padres ni los profesores parecen capaces de enseñar, nutrir, acompañar y desarrollar, por falta de tiempo y de capacidad. Para unos, estos jóvenes son amoraless; para otros, tolerantes y cada vez más civilizados. Con una evolución evidente hacia una mayor laxitud moral, "indiscriminada y sin precedentes", con variaciones en ciertos puntos, y no sólo en el terreno sexual, sino también en el cívico.

Aislados-comunicados por la tecnología. Aislados cada vez más tras sus pantallas de vario tipo, donde muchos encuentran los referentes y modelos que no encuentran fuera de ellas, y donde los educadores tradicionales suelen brillar por su ausencia.

Buscadores celosos de su identidad personal. Dispersos cada vez más entre múltiples oportunidades de vario consumo, dentro de "un pluralismo social poco vertebrador y algo caótico". Admiradores, por ejemplo, del voluntariado (50%), sólo un 28% de esos mismos lo practica.

Un tercio de todos los jóvenes encuestados se reconocen "egoístas" y "con poco sentido del deber", y un 18%, se describen "solidarios".

Consumistas y rebeldes, según propia definición desde la primera encuesta, aparecen ahora menos independientes que a fines del siglo pasado, sobre todo por la dependencia familiar.

Poco o nada religiosos. La religión, el último valor entre los doce propuestos, sólo a un 5'4% les parece "muy importante". Pero es que "muy importante" le parece también sólo al 22'1% de los católicos practicantes. Lo que hace que nos preguntemos qué entienden unos y otros por "importante" o por "religión". Las creencias se han convertido para muchos jóvenes en "productos más o menos abiertos dentro de una oferta plural". Son las "religiones de vida", o los "dioses elegidos": cuerpo, deporte, viajes, consumismo, tecnología, ecología... Católicos se definen en 2017 sólo el 40'4%, y de ellos, 18'3% como no practicantes, mientras los no creyentes o ateos llegan ya al 23'7%, haciendo disminuir varios puntos el número de indiferentes y agnósticos.

Juan María González-Anleo, coautor junto a José Antonio López Ruiz del estudio, comenta que el ateísmo ya no está marcado por el odio, sino por el desinterés. Lo cual no es alivio alguno. Porque no se sabe qué es más contrario al amor: si el desinterés o el odio.

Victor Manuel Arbeloa es escritor